

EL LIBRO Y EL BIBLIOTECARIO

Por

DOMINGO BUONOCORE

SUMARIO: 1. Origen y evolución del libro. 2. El libro y los medios audiovisuales. 3. ¿Qué es un libro? 4. Los best sellers. 5. La pretendida cultura de masas. 6. Pasado y presente del libro argentino. 7. El bibliotecario y su misión de cultura.

1. ORIGEN Y EVOLUCION DEL LIBRO

El saber primitivo ha estado en la memoria del hombre antes que en la palabra escrita. Todo lo que el hombre conoció, imaginó, inventó o soñó en alguna forma, lo dijo y transmitió durante centenares de años de viva voz, por la palabra hablada. Los hierofantes, en la antigua Grecia, no sólo dirigían los misterios sagrados: eran los poseedores de las nociones recónditas, de la sabiduría. Eran los descifradores de sueños y de señales, los doctos, a quienes se temía y veneraba porque eran los únicos que podían salvar del olvido el acaecer cotidiano. Además, gozaban de poderes extraordinarios en virtud del privilegio que tenían de interpretar los hechos a su manera.

Los libros humanos, de carne y hueso, archivaban, por lo tanto, todo el saber pretérito. Entre los ancianos se encontraban verdaderos libros vivos que difundían por tradición lo que habían visto y oído. La gimnasia de la memoria para esta actividad profesional del libro ambulante y hablante, adqui-

rió un desarrollo prodigioso en algunos pueblos de Asia y del Oriente. Los viejos formaron una verdadera gerontocracia ilustrada y muchos pueblos antiguos sólo conocieron como ejemplares librescos. diríamos, a sus narradores, trovadores, juglares, bardos y rapsodas que recitaban de labio en labio sus dichos y fragmentos de poemas y canciones.

Estos platicadores errabundos conmovían y deleitaban a las gentes, pero sus decires y romances eran efímeros, se extinguían con el eco de la voz. El verbo, como se sabe, no posee el secreto perdurable de la escritura. Y el hombre quiere, por sobre todas las cosas, conservar sus recuerdos e ideas.

No se resigna a ser un ente transitorio, una sombra fugitiva. Sabe que la memoria es infiel y perecedera. Comienza por establecer un lenguaje convencional y rudimentario de señas materiales, de nudos de colores y formas diversas que representaban cada uno una letra o una palabra. Así escribieron, figuradamente se entiende, los Aztecas y los Incas. Pero este sistema de signos era, como es fácil comprenderlo, complicado y arbitrario.

El hombre aguzó nuevamente su ingenio y creó el alfabeto. Con la escritura primitiva, la jeroglífica y la cuneiforme, muy difíciles, no se representaban sonidos y palabras, sino figuras pictóricas muy estilizadas. Con la escritura surgieron las primeras formas materiales del libro, muy distintas de las estructuras actuales que conocemos.

El libro, al objetivar la memoria, se convierte en una fuente del conocimiento. Es el soporte físico del conocimiento —repetimos— pero de muy limitada difusión.

Aparecieron, sucesivamente, el libro de las rocas, el libro de ladrillo, el libro de papiro, el libro de cuero. Los caldeos y sumerios, grandes alfareros, crearon las tabletas de barro cocido en las que esculpían los caracteres con un buril. Todavía se conservan las inscripciones rupestres que registran las crónicas escritas hace más de 7.000 años en los muros de tem-

plos y sepulcros de la India y Egipto. Tabletas, hojas de palmera, rollos de papiro y códices rectangulares de pergamino, todos manuscritos, constituyen las expresiones más remotas precursoras del libro propiamente dicho de nuestros días.

Después llega el papel, inventado por los chinos, al que pronto se asocia la tipografía que realiza el milagro de la inmortalidad del pensamiento en la belleza de la palabra impresa. El arte negro forja durante el siglo XV las joyas preciosas de los incunables que hoy admiramos como los exponentes de la más pura artesanía gráfica. En verdad, Gutenberg hizo una proeza mayor que la de imprimir. Puso en libertad las letras del alfabeto que formaban el texto de la escritura y convirtió así a los caracteres tipográficos en piezas móviles e independientes. Es decir, las separó de la plancha a la cual estaban unidas formando un solo bloque xilográfico y les dio a cada una el movimiento alado que tienen las palabras en la expresión oral. Hace de esta manera, la tipografía a imagen y semejanza de los sonidos que articula la voz humana.

Pudo así una crónica de la época decir, con sencillez conmovedora, que el invento del célebre señor de Maguncia, situado hacia el año 1440, concedió al universo un beneficio casi divino. En efecto, la imprenta tiene el significado profundo de una verdadera liberación y surge, precisamente, en el hermoso tiempo de las ciudades libres que levantan su poderío y proclaman en sus fueros y cartas el derecho de resistencia a la opresión de los príncipes absolutos.

Y este grande y magnífico libertador del espíritu que fuera Juan Gutenberg, por una absurda ingratitud del destino resultó al final de sus días amargos y duros, el esclavo de sus acreedores voraces y la víctima inocente de sus socios despiadados y de mala fe. En compensación de tantos sacrificios, alcanzó la gloria inmarcesible, pues el libro estampado en caracteres móviles constituyó, desde entonces, la fuente y el vehículo del pensamiento universal.

Bien se ha dicho que el plomo transformó al mundo más que el oro, y más aún el plomo de los impresores que el de los carabineros. En efecto, las grandes crisis de los últimos cinco siglos tienen su origen en la palabra escrita, en el libro, instrumento poderosísimo que revolucionó a la humanidad y que ha sido el motor de profundas transformaciones históricas. Bastaría pensar sólo en la Biblia que, con Lutero, desata el gran cisma en el cristianismo y determina la Reforma religiosa, o en el Contrato Social y en la Declaración de los derechos del hombre, puntos de partida de la rebelión de pueblos para la conquista de la libertad política.

Era natural, entonces, que el escritor llegara a creer que su poderío era incontrastable y casi sobrehumano. El juicio de los hechos y de los hombres quedaba en los libros y lo dictaba de manera inapelable la sagrada casta de los escribas y de todos los caballeros de la pluma que siguieron escribiendo.

Pero todo esto, afirma un pensador contemporáneo —Arturo Usler Pietri— en un ensayo que titula, precisamente, “El crepúsculo de los escribas”, está cambiando rápidamente en nuestros días. Ya la escritura no es la única memoria transmisible de los hombres. Estamos —agrega— en el apogeo de la era de la información automatizada, esto es, del procesamiento y emisión electrónica de datos y noticias y en el empleo, cada vez más creciente, de medios audiovisuales para la comunicación. Las computadoras máquinas fabulosas con su lenguaje propio codificado —poseen la capacidad no sólo de hacer cálculos numéricos en fracciones mínimas de segundos, sino el poder casi inverosímil de acumular y registrar todo el saber humano conocido, al igual que transmitirlo con seguridad y precisión al instante.

La escritura —según el autor aludido— en presencia de estos resultados, sería entonces un medio más y acaso el menos importante de los que el hombre dispone para fijar y conservar el conocimiento. En una palabra, la crisis de la escritura traería aparejada, como lógica consecuencia, la

crisis de las grandes bibliotecas y de los archivos monumentales que estarían condenados a desaparecer en breve para ser sustituidos por estos colosales entes mecánicos de ronroneo sordo y monocorde que serán los grandes depósitos del saber. Todo estaría contenido y disponible sin término —se presume— en esas maravillosas memorias artificiales —las computadoras— servidas por anónimos expertos que manipulan los dispositivos de programación y elaboración de datos.

Lo más desconcertante es que esta profecía fatal para el hombre que escribe y para la escritura misma, se formule en términos tan patéticos, precisamente cuando la humanidad está soportando el peso cada vez más agobiador de la carga más enorme de papel tipografiado que nunca se haya conocido. Todo ello sin tener en cuenta el anuncio más dramático y audaz de los que predicen que está cercano el tiempo en que los actos de leer y escribir dejarán de ser una necesidad para el hombre.

No es posible desde luego, desconocer los avances y cambios cada vez más asombrosos de la tecnología moderna en materia de información, para dar respuesta a las demandas incesantes del hombre, igualmente cada vez más acuciado por la curiosidad científica y el afán de investigar. Pero la hipótesis de que la computadora, en su avasallador ímpetu de monopolio, dominio y control de la letra impresa, llegue hasta el punto de hacer peligrar su vigencia misma y de reemplazarla por otra nomenclatura, nos parece un tanto exagerada e improbable. Por nuestra parte, seguimos creyendo en el reinado del libro como herramienta insustituible de cultura; en la biblioteca como el mayor y más valioso depósito de civilización, y en el quehacer, cada vez más trascendente del bibliotecario como mentor del estudioso en su búsqueda de fuentes del conocimiento.

Aún en el supuesto de que en un día próximo —que llegará sin duda— tengamos entre nosotros la automatización de todos los servicios de la biblioteca, creemos que no se eclips-

sará y perderá importancia por ello, la figura del bibliotecario, cuyo ministerio técnico-docente será cada vez más complejo, más sutil y más humanizado. En efecto, la máquina no puede ser una amenaza para el hombre, ya que ella es hija y creación de su espíritu. Es producto de la cultura del hombre y jamás podrá dominarlo o esclavizarlo. No se conoce máquina pensante o máquina elaboradora de datos o soluciones que opere por cuenta propia o que obedezca al impulso autónomo de sí misma. Jamás podrá ser puesta en acción, pacífica o destructora, sin la voluntad del hombre, sin la decisión motivada y espontánea de su genio. La técnica, por su sola condición de tal, no degrada ni puede degradar al hombre, desde que, según dijimos, es una objetivación de su espíritu, en última instancia.

2. EL LIBRO Y LOS MEDIOS AUDIOVISUALES

El libro tuvo y tiene aún, otro enemigo más versátil y ubicuo que preocupó seriamente a sociólogos y pensadores. Allá por 1937, el escritor francés Georges Duhamel, en una obra resonante, hizo un angustioso llamado en defensa y amparo del libro al que veía en peligro. En su opinión estaba amenazado, tanto por la frivolidad de las costumbres modernas como por la competencia de los medios de comunicación social: el cine y la radiofonía, a los cuales se agregaría pronto otra más temible, la televisión. Si bien es verdad que el hombre de nuestros días parece sentirse feliz con que lo distraigan y lo diviertan porque, como dijo alguien, prefiere y desea ser engañado, no es menos cierto que muchos otros mantienen un estado de firme conciencia intelectual y no se rinden a los éxitos fáciles de la vida.

Es sabido que nuestra cultura se funda en la imprenta y ella es, al propio tiempo, la expresión y el resultado de un esfuerzo largo y penoso. Por lo tanto, cualquier intento dirigido a debilitar ese esfuerzo irá en mengua, fatalmente, de la

cultura y del libro, asiento principalísimo de ella. El libro, a diferencia de los medios de expresión mecánica, demanda la intervención activa del lector, mientras que aquéllos condicionan e imponen su actitud meramente pasiva ante el desfile continuo y fugaz de sonidos, imágenes y palabras que se oyen y se ven, pero que no se recogen y comprenden porque no existe el diálogo tácito y callado que supone necesariamente toda lectura profunda e inteligente.

El imperio de la palabra impresa es el más poderoso y el único respetable y aceptable de los imperialismos, precisamente porque es benéfico, educador e indestructible. En cambio, los medios audiovisuales, por su propia naturaleza, no son, precisamente, los más aptos y recomendables para “aprender”, en el riguroso sentido de la palabra, ya que todo aprendizaje verdadero supone una experiencia propia sufrida y meditada.

Por el contrario, la persona que simplemente oye —son pocos quienes escuchan— no alcanza a elaborar y asimilar ese torrente incontenible de noticias y datos, lo cual ocasiona efectos psicológicos perturbadores, especialmente en los niños y adolescentes que carecen de madurez mental y criterio propio para valorar su contenido y alcance.

En síntesis, nos parece que los medios audiovisuales y el libro constituyen dos formas de comunicación sustancialmente diferentes, con finalidades también distintas y que, por lo mismo, no están destinados a enfrentarse y a rivalizar en una supuesta competencia, sino que, por el contrario, se ofrecen a la comunidad como recursos de empleo opcional a fin de que cada uno haga el uso que más prefiera, de acuerdo con sus necesidades, gustos y requerimientos de su propia cultura y educación.

Y aquí cabe una breve digresión acerca del arte de leer. La glotonería bibliográfica —leer mucho y pensar poco— es, evidentemente, nociva. En efecto, cuando se lee copiosamente

y fugazmente, sin parar mientes en lo impreso o escrito, sólo se ven las palabras pero no se captan las ideas contenidas en ellas. De este modo, todo se reduce a un mero juego artificioso de logomaquia, de malabarismo verbal y el libro, entonces, se vuelve peligrosamente contra el hombre y se convierte en su enemigo: lo confunde o le infunde la errónea creencia de que sabe cosas, cuando en verdad no sabe nada. La lectura veloz no deja huella en la mente porque —según lo tenemos dicho— no “recoge” lo leído, conforme a la misma etimología del verbo leer, no aprehende el significado y el valor de lo impreso. Falta, en una palabra, el hábito de rumia propio de la lectura lenta y provechosa.

Ahitos de palabras vacías de conceptos, de falsos conocimientos, los hombres se sentirán audazmente aptos para sentar plaza de sabios y discurrirán *de omni re scibili*, según la divisa del célebre Pico de la Mirándola. O se creerán, a lo serio, polígrafos con arrestos y suficiencia para escribir de todo y para todos y no pasarán de ser enfadosos grafómanos o petulantes insoportables víctimas de dispepsia libresca.

De lo cual se infiere que leer bien es un arte complejo y difícil cuyo secreto se adquiere despaciosamente y a lo largo de toda una vida. Así lo reconoció Goethe al cabo de los 80 años, cuando expresó que, no obstante sus esfuerzos, estaba aún lejos de dominarlo. Y ello se comprende porque leer bien es pensar con otro, con el autor, es decir un proceso de simbiosis intelectual en que ambos, el leído y el leyente, se penetran recíprocamente y disfrutan del mismo acto como goce del espíritu. El ilustre Quevedo, hace siglos, lo había definido certeramente cuando sentenció, aludiendo a los clásicos, que la lectura era una conversación con los difuntos. Idea, por otra parte, que corrobora bella y expresivamente la leyenda que ostenta el pórtico de la histórica biblioteca de la Sorbona: “Aquí viven los muertos y los vivos vienen a consultarlos”.

Tal vez el mejor antídoto de la pereza mental será despertar y avivar en los niños y adolescentes el gusto por la letra impresa, gusto que una vez arraigado será de consumo imprescindible en el decurso de la vida. Así se advertirá a tiempo que tanto más importante que leer viciosamente y estar al día en materia de novísimas modas literarias, es más saludable el ejercicio de la relectura minuciosa y laboriosa, para descubrir con otros ojos los enigmas escondidos de aquellos viejos textos de los que más de una vez oyeron decir que eran aburridos, por largos o por antiguos, olvidando que en los clásicos están los zumos más puros del saber y los modelos perdurables de imitación.

¡Qué encanto más gozoso que el de la relectura! Cada libro tiene su tiempo en el variado tiempo del hombre. Las distintas edades de la vida, con ideales y problemas diversos, exigen, también, cada una de ellas, sus libros predilectos, sus libros de cabecera. ¡Cuántas veces, llenos de nostalgia, acordamos como a un bálsamo, a los libros leídos en nuestro lejano ayer con la ilusión secreta de revivir el feliz tiempo pasado! Avellaneda, uno de los grandes presidentes lectores de la Argentina, hallaba en el sosiego de su biblioteca, un remanso vivificante a los embates borrascosos de la política de sus días. "Dar un libro —escribió— es casi nada, pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros del aire no comieron y que cayendo en tierras extrañas fructificó bajo la bendición de Dios en fértiles cosechas. Cuando releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven".

3. ¿QUE ES UN LIBRO?

A esta altura se impone la necesidad de dar una idea de lo que es el libro.

No creemos que el libro sea, según piensa Escarpit, al igual que todo lo vivo o viviente, una entidad indefinible.

Por lo pronto, la palabra que lo denomina tiene una connotación semántica que enaltece su origen, pues la identifica con la libertad. De ahí el conocido aforismo: *Liber, liberat*. Y el libro, al liberar al hombre de la ignorancia, del atraso y del despotismo, se convierte, a su vez, en el arma más preciosa para alcanzar la libertad y la paz de los pueblos.

Seguramente por ello, pensamos, la biblioteca de Austin, la más importante de la universidad de Texas, en los Estados Unidos, hubo de poner como lema en su pórtico monumental esta inscripción de vaga reminiscencia bíblica: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres", sabiendo, por supuesto, que la misma llega, y llegará siempre, a través del libro que redime y dignifica al hombre.

El libro es siempre un mensaje del hombre porque contiene o debe contener, en poco o en mucho, ideas y emociones, esto es, un pensamiento. Si falta ese ingrediente vital y anímico, aunque tenga la forma externa de un libro, no será tal, sino un mero papel impreso, una cosa o mercancía de cambio. Como fruto del espíritu, el libro es, necesariamente, un complejo sutil de vivencias e intuiciones con un sello propio que deriva de la personalidad del autor y que lo hace, al mismo tiempo, múltiple y único, innumerable e insustituible. Pero esto no es aún suficiente para caracterizar el libro.

Ortega y Gasset, después de preguntarse, qué es un libro, se remite para satisfacer su curiosidad a Platón en su maravilloso diálogo del Fedro, donde define el ala, donde define el ángel, donde define el alma como sustancia viviente, es decir alude a todo lo espiritual e inmortal capaz de entender, querer, sentir y también volar en el espacio, llevando la buena nueva, el Evangelio de la palabra. Agrega, por su parte, el ilustre filósofo, que "los libros son decires escritos, esto es, una de las cosas que el hombre hace y todo lo que se hace se hace para algo" (1). En efecto, solo este decir reclama la con-

(1) *Misión del bibliotecario*, en Revista de Occidente, mayo de 1935, Madrid, p. 157.

servación y, por lo tanto, que quede escrito. No tiene sentido conservar el decir vulgar, el decir cotidiano que responde a las necesidades prosaicas de la vida, y que es, en consecuencia, archisabido y superfluo. El libro es, pues, el decir ejemplar y significativo, que requiere ser escrito y fijado. Por lo tanto, "constituye abuso inadmisible que alguien se atreva a escribir un libro sin tener previamente qué decir de entre lo que hay que decir y que no haya sido escrito antes".

Dijimos que la escritura libertó el saber de la memoria y que el libro, al objetivarla, la convierte en un texto, en un documento.

Mas, ahora, cabe preguntarse de nuevo: ¿pervive en su rigurosa actualidad y fidelidad, a través del tiempo, esa memoria objetivada que es el decir primigenio del creador? O, en otros términos, ¿esas ideas siguen expresando siempre lo que, inicialmente al concebirlas, se propuso el autor? Muchas veces no existe esa correspondencia porque el hombre obra y actúa en función de las circunstancias de la vida, de las situaciones variables que condicionan su hacer y comportamiento, las cuales, necesariamente, son diversas y mudadizas en el curso del devenir. De lo cual resulta que todo el pensar escrito es de forzoso incompleto, fragmentario, ya que, algunas veces, se funda en hechos tácitos, en supuestos que se dan por conocidos, como, también, de silencios, de lagunas de cosas que, por sabidas, se callan, se omiten.

En definitiva, la escritura, al fijar un concepto, una idea, sólo retiene los signos gráficos, pero no las vivencias, patrimonio íntimo e inseparable que subyace en el fondo hermético de la persona.

En razón de ello, Ortega ha podido decir, en una metáfora feliz, que "el libro, al conservar sólo las palabras, conserva sólo la ceniza del efectivo pensamiento". Para que éste reviva en su integridad, no basta con el libro originario. Es preciso que otro hombre —identificado y consustanciado con el texto y el autor— reproduzca en su conciencia la situación vital a

la que ese pensamiento respondía. Únicamente entonces, puede afirmarse que la letra escrita ha sido entendida y que su fondo conceptual se ha salvado.

Esa mágica y paciente labor de resurrección, labor inmensa y compleja de expurgo y rescate, es la que realizaron los hermenautas para desentrañar el sentido profundo, a veces esotérico, de los miles de rollos de pergamino y códices manuscritos que nos transmitió la antigüedad clásica y que hoy constituye el legado más precioso de la civilización occidental. Esa alta y ardua misión de desciframiento y descubrimiento, es la hazaña erudita que cumplieron los famosos bibliotecarios de la no menos famosa biblioteca de Alejandría, grandes filólogos y gramáticos, entre quienes descollaron Aristófanes de Bizancio y Calímaco de Cirene.

En la Edad Media prosiguieron esta penosa faena de exploración, identificación, transcripción y conservación de los códices primitivos, los abnegados monjes en la soledad de sus conventos y abadías. Entre ellos descollaría la célebre orden de los benedictinos, fundada hacia el año 529 en Monte Casino, Italia, de cuya escuela surgieron infinidad de sabios y eruditos que tuvieron el privilegio durante casi diez siglos de ser los verdaderos centinelas para la posteridad de los documentos literarios de Grecia y Roma.

En el Renacimiento —período de glorificación del hombre como nuevo ideal de vida y, al propio tiempo, de intenso y exaltado amor por los valores de la antigüedad clásica— se opera un vigoroso y fecundo redescubrimiento de esas expresiones culturales que subsistían latentes en el mutismo de sus pergaminos y restos preciosos. Los grandes humanistas (voz cuya raíz, *humus*, significa la tierra fértil y creadora) desde Roma, Florencia y Milán, especialmente, irrumpen y se dan a la caza desenfadada de viejos papeles y reliquias manuscritas. Reverdece y se aviva la pasión coleccionista con Petrarca, el mayor filólogo de su tiempo y, luego, con Boccaccio y el cardenal Bessarion los estudios griegos resucitan todo el

mundo poético de Homero. Surge espléndidamente el arte de los pendolistas y miniaturistas. Sus textos, finamente ilustrados, habrán de tener en la imprenta naciente su más porfiado rival. Aldo Manucio (1450 - 1515) con su afamado taller veneciano, en el cual Erasmo se desempeñara como corrector de pruebas, sería el príncipe de los impresores. Editó la mayor parte de los autores clásicos en textos irreprochables compuestos en elegantes caracteres de bastardilla.

No es un hecho casual que, por esta misma época, tenga su nacimiento la Biblioteca Vaticana, iniciativa del papa Nicolás V (1447 - 1455), docto mecenas que hizo de este centro, con sus valiosas adquisiciones y traducciones de textos raros e incunables, el repositorio más grandioso y selecto de todo el orbe.

Esta labor múltiple de valoración crítica y restitución de fuentes prístinas, afianzó y perfeccionó definitivamente la obra de esclarecimiento de los antiguos hermenautas y de los escoliastas medievales y puso de manifiesto en toda su magnificencia la estupenda civilización clásica, base y germen de la civilización occidental de la que somos legítimos herederos.

4. LOS BEST - SELLERS

Pero el libro tiene, también, aunque nos parezca sorprendente, aspectos negativos o conflictivos. Uno de ellos se vincula con su número o cantidad, de aumento creciente e incontestable. Hay exceso de libros y esto origina dificultades e inquietudes, tanto para el lector como para el bibliotecario y la misma industria editorial.

Hoy el investigador en cualquier rama del conocimiento que acomete el estudio de un tema dado, debe enfrentarse con una verdadera mole de información, mole que lo apabulla y le infunde, a la postre, una sensación de angustia y de fracaso. La sola tarea preliminar de orientación en la bibliografía de

un asunto, significa una pérdida considerable de tiempo y de trabajo.

En la época actual, como se comprende, no es posible emprender ninguna faena en los diversos campos del saber y del hacer, sin tener a la vista los antecedentes del caso. Ello supone estar informado o, según una frase vulgar hallarse al día, es decir estar enterado de todo lo que se ha hecho o escrito acerca del tema y, también de lo que actualmente se está haciendo dónde, cómo, y con qué resultados. Y esta no es tarea fácil y rápida, pues en los días que corren los cambios y transformaciones son tan violentos y repentinos por un lado, y la producción tipográfica tan intensa y extensa, por otro, que se hace cada vez más urgente arbitrar sistemas modernos que permitan el acceso y el aprovechamiento de toda la información útil disponible en el mundo.

Debemos recordar, además, que, aparte de los miles de libros que se editan anualmente en el orbe, se publican alrededor de 60 mil revistas científicas y literarias que recogen en sus páginas unos 10 millones de artículos y monografías en todas las disciplinas del saber, de los cuales corresponden 800 mil sólo a medicina y biología.

Este fenómeno patológico del libro contra el libro —verdadera inflación bibliográfica tan deletérea y perturbadora en el campo del pensamiento como la misma inflación monetaria que padecemos en el orden económico— se agrava aún más, si tenemos presente que el 50 por ciento de la bibliografía mundial es superflua por no responder a las necesidades actuales o ser meramente reiterativa por falta de originalidad. Ante esta imponente hojarasca, alguien ha podido decir aquí, entre irónico y paradójico, que en un país donde pocos escriben, son demasiados los que publican.

En presencia de este dramático problema, la bibliotecología tradicional, con los recursos manuales del catálogo y del fichero, se declaró insuficiente y ha debido ceder el

paso a los medios mecanizados y automatizados de la documentología y la informática, los cuales permiten unir a los centros científicos a través de una red orgánica de teletipos y computadoras a fin de localizar ágilmente la información requerida y hacerla llegar al usuario en el más breve tiempo posible.

Mas, no sólo hay plétora de libros, sino, como recordamos, que se siguen produciendo muchos y, lo peor, que algunos son inútiles cuando no manifiestamente dañinos. Sí, señores, junto al libro bueno, existe y prolifera el libro malo, el pseudo libro, que le disputa al verdadero la primacía para convertirse en su enemigo.

Ciertos especímenes de estos falsos libros se exhiben profusamente en los escaparates de librerías o figuran en las listas de algunos periódicos con el señuelo falaz de "best-sellers". En el fenómeno del "best-sellerismo" se logró su plantar con el juego de las malas artes, la obra literaria de creación directa y espontánea, por otra pretendida como tal, pero que se hace de encargo, diríamos, compartida y de carácter prefabricado con fines exclusivos de lucro.

En este sentido, el "best-sellers" resultó ser lo previsto: un producto típico de lo que ha dado en llamarse la industria cultural, producto destinado al consumo de la masa. En la empresa —como es de suponer— participan tanto los autores de estos engendros, como ciertos editores que los promueven gracias al ensalmo de la publicidad, amén de los que ofician como críticos en la disimulada propaganda a través de los medios de comunicación social.

En estas condiciones, no faltan, naturalmente, los consumidores. ¿Qué buscan éstos por lo común? Aunque parezca raro, ellos, en general, no son clientes o habituales de las librerías. Son lectores diletantes, ocasionales, a quienes los mueve sólo el espíritu de pedantería y adocenamiento, el deseo de estar a la moda o lograr cierto prestigio o "status" cultural.

De ahí que la gente que compra "best-sellers" no lo hace, la mayoría de las veces, para comunicarse con el libro, leyéndolo en profundidad, sino que lo emplea como pretexto para comunicarse entre ella. Se trata de un público sui generis que padece de algún complejo psíquico y que necesita, de esta manera, afirmarse y exaltarse a sí mismo, creándose la convicción de que pertenece a una categoría ilustrada. Algunos editores yanquis parecen estar en el secreto de la farmacopea que proporciona las fórmulas de elaboración de estas paparuchas literarias.

Por lo tanto, no debemos confundir un best-seller, libro de auge efímero, pues está programado para tener una duración de sólo 3, 6 ó 12 meses, con el buen libro, con el gran libro que, por mérito propio, alcanza un índice de venta sostenido y permanente a lo largo de los años, tales, por ejemplo, los clásicos de la literatura universal y no pocos de los autores contemporáneos.

Es grato expresar en defensa y reconocimiento de la probidad de los autores argentinos, que esa literatura de pacotilla, no ha ganado felizmente la preferencia de ellos, ya que son muy celosos de la integridad de sus obras y no consienten, así nomás, alteraciones en su contenido que signifiquen un menoscabo de sus valores propios. No necesitamos agregar que los best-sellers son, por lo general, libros fáciles, para el divertimento y el entretenimiento, aunque no es infrecuente que resulten verdaderos tóxicos o venenos para el espíritu y contribuyen, así, a generalizar un estado de alienación colectiva.

El fenómeno equívoco del "best-sellerismo" se reproduce en forma paralela y con otro sentido, en los datos periódicos que ofrece la UNESCO respecto de los libros más traducidos en el mundo.

Según una estadística reciente publicada por el órgano cultural de las Naciones Unidas en su informe anual de 1978, la Biblia, con 286 traducciones y las obras de Lenin con 201,

serían los libros más leídos en el orbe entero. Le siguen, a gran distancia, Shakespeare con 97, Tolstoi con 74, Homero con 42, Goethe con 35 y Molière con 29. En años anteriores y durante varios períodos, el jefe bolchevique llevó la primacía en relación con las Sagradas Escrituras. Pero este liderazgo —no nos engañemos— es aparente si advertimos que en el cómputo de versiones figuran las que corresponden al gran número de lenguas y dialectos que se hablan en la Unión Soviética, verdadero mosaico de pueblos, razas y religiones.

Además, hay otro importante factor psicológico que contribuye a alterar el sentido y la autenticidad de los números citados, factor que se vincula con la intensa y renovada campaña de propaganda dirigida en favor de este autor que realizan tanto los gobiernos como los partidos actuantes en el vasto imperio comunista. Por otro lado, es bien sabido que Lenin es un autor nada accesible a las masas ni por sus temas, de suyo pesados y abstrusos, ni menos aún por su estilo, lejos de la claridad y precisión de ideas. Mal, entonces, podemos admitir esa supuesta difusión y popularidad de sus obras. Las cifras, por lo tanto, son espurias y no se conforman a la realidad de los hechos, razón que obliga a tomarlas con mucha cautela y reserva.

5. LA PRETENDIDA CULTURA DE MASAS

Se ha pretendido justificar la necesidad de este género literario —si así puede llamarse— diciendo que con él, se trata de fomentar la cultura de las masas. De lo cual parecería que a las masas hay que fabricarle una cultura a su gusto y medida. Creemos, por nuestra parte, que no existe la mal llamada cultura de masas. Cultura y masa son términos antitéticos.

El hombre culto deja de ser masa para convertirse en hombre —persona que es, precisamente, lo contrario del hombre-individuo, integrante de la masa amorfa e indiferenciada. La cultura fácil, que se improvisa y vulgariza demagógicamente

para ponerla al alcance de todos, no es tal cultura, sino seudo cultura. No debemos caer en el error de que hay que llevar la cultura a las masas, según se viene repitiendo insistentemente.

“Si bien se mira —dice con acierto Battistessa— urge proceder a la inversa y hasta por razones de caridad intelectual, lo que hay que hacer es llevar a todos hacia la cultura. No es ella, la cultura, la que tiene que descender, rebajarse. Somos nosotros, quienes debemos salirle al encuentro para luego de merecerla, alcanzarla”.

Por nuestra parte, agregamos que la cultura es un bien que se adquiere difícil y trabajosamente —lo denota la misma etimología de la palabra que conlleva la necesidad de un cultivo intenso y renovado— de lo cual se infiere que su proceso no puede iniciarse en la edad adulta. Lo único que puede recibir el hombre maduro son nociones sueltas, datos dispersos y aislados, destellos fugaces de hechos y acontecimientos, pero eso no es cultura. Es simple saber inorgánico, erudición a la violenta, farrago indigesto.

De lo expuesto se deduce que la masa, como entidad gregaria, no es apta para la conquista de la cultura, ya que ella supone condiciones no comunes, entre otras, inteligencia, sensibilidad y vocación. Por su misma naturaleza, estos requisitos básicos son patrimonio de pocos. “Nadie pretende que la cultura sea un privilegio de minorías, ha dicho bien Alicia Jurado, pero nos guste o no, lo será siempre por muy a la mano de todos que se la ponga”. Los hechos nos demuestran hasta la evidencia que la mayoría de la gente es ajena a sus temas y a sus inquietudes, que se desentiende de ella y prefiere otros motivos de ocio y negocio, como el deporte, el comercio o la política.

Entendido el problema en esta forma, no se explica la actitud de quienes en un vano intento de halago popular, consideran el delicado asunto de la cultura en los términos de una supuesta reivindicación de ella en favor de la masa, como si se tratara de un tesoro material del que un grupo se

hubiera apoderado por medios ilícitos y que, por consiguiente, urge devolver a la colectividad como supuesta dueña originaria.

Este empeño, tan decidido como ilusorio de insuflarle cultura a la masa, a la que se atribuye un prodigioso poder creativo, olvida, claro está, que el único agente productor de cultura, es el hombre dotado, la persona idónea. El grupo es siempre beneficiario o imitador, en el mejor de los casos y de acuerdo con sus posibilidades. En este sentido, conviene recordar que, tanto las coplas populares como los romances arcaicos que se transmitieron de viva voz, no fueron lo obra difusa y natural del inconsciente colectivo. Antes bien y por el contrario, todos tuvieron una paternidad cierta e indudable; todos salieron de la mente de un ser más inspirado que los demás, aunque los nombres de los autores se hayan perdido y sólo sobrevivan los fragmentos más pegadizos a la memoria, por ser, precisamente, los más gustados.

Por otra parte, no debemos confundir la auténtica cultura popular que existe y tiene su expresión en las riquísimas y originales formas del folklore autóctono, con ese burdo remedo, de eco recién apagado, que se traduce en canciones de pretendida protesta social y reclamos de lucha por una supuesta liberación nacional, todo al compás de cierta música agresiva de ritmo populista. Y todo ello mechado, además, con invocaciones al rosismo, al marxismo y al terrorismo, a los que se suman los consabidos denuestos a la civilización occidental, so pretexto de que ella, al incorporar sus luminosos aportes a nuestro incipiente progreso, nos hizo víctimas de una maléfica colonización cultural, foránea y europeizante, como les gusta decir a estos señores. Esta conducta y actitudes encubren una impostura y denuncian una voluntad crudamente política que tiene un nombre conocido en nuestra historiografía.

Esas fueron, infortunadamente, algunas muestras de la tan pregonada cultura de masas que halló reflejo en ciertos

libros —pocos por suerte— que no hacen honor a nuestra tradición de civismo republicano y de respeto a los próceres que forjaron la grandeza del país.

Es razonable que un gran libro —hecho no común en el mundo editorial— pueda alcanzar, como ocurre habitualmente, un suceso de venta, pero nunca el autor, si es en verdad un escritor, como cabe presumirlo, lo concibe, escribe y publica pensando de antemano en logros mercenarios. Se lo veda un elemental principio de ética intelectual y un sentimiento de respeto a sí mismo y a su obra. Lógicamente soñará más con la fama o el halago moral del prestigio de su nombre. Por fortuna —debemos celebrarlo— bien se ha dicho que la gloria no depende de la propaganda. Un libro —hay que insistir en el concepto— es un mensaje de alguien que tiene algo que decir y sabe decirlo bien, a otro alguien, a otra persona que será necesariamente su interlocutor a través de la lectura. Un escritor, un artista no se dirige jamás al público indiscriminado y anónimo, al montón, a la muchedumbre. Su destinatario será siempre un lector potencial, por aquello de las afinidades electivas, a quien se supone con el deseo de mantener un coloquio íntimo, una verdadera comunión espiritual silenciosa y lejana.

De ahí que se haya afirmado, en términos parecidos, que la literatura es el lugar donde dos almas se encuentran para fusionarse solidariamente en un solo ideal, en un solo acto de pensar, sentir y querer.

6. PASADO Y PRESENTE DEL LIBRO ARGENTINO

Es un lugar común decir hoy que el libro argentino se halla en crisis. Y, lo más grave es que esa crisis, que viene desde hace varios lustros atrás, continúa en el presente sin perspectivas favorables.

Pasó la época feliz en que la Argentina, por el juego de circunstancias excepcionales derivadas de la guerra civil en

la madre patria, ostentaba orgullosamente su título de campeón en el meridiano editorial de Hispanoamérica. Ahora debemos deplorar la pérdida de ese honroso blasón, lo cual hiere nuestro sentimiento patriótico, pues el libro nacional, tanto por su mérito intrínseco como por su belleza artística, nada tiene que envidiar a los similares del mundo.

Así lo hubo de reconocer Paul Valéry —el espíritu de precisión más riguroso de las letras contemporáneas de Francia— cuando, en el año 1938, con motivo de una muestra del libro argentino en París, manifestó su asombro por el esfuerzo de artesanía gráfica nuestro, esfuerzo y ejemplo preciosísimo de interés universal, dijo, para confesar en seguida que no esperaba encontrarse con obras tan significativas no sólo de una cultura, sino de los refinamientos de una cultura. Ello, señaló por último, es muy importante porque cuando un país produce un libro realmente hermoso, ese país posee indiscutiblemente un poder de desarrollo y gravitación que lo hace capaz no sólo de salvarse a sí mismo, sino de salvar la libertad espiritual de toda Europa que, por esos días agitados y turbulentos, veía peligrar ante la amenaza inminente de la segunda catástrofe mundial que estallaría meses después.

Pasaron 40 años cabales y el libro argentino que fue por entonces una promesa cierta de paz y liberación, según lo reconociera el ilustre pensador francés, se quedó en eso y empezó a decaer en el mercado de las transacciones, por causas ajenas a la voluntad de los autores y de los mismos editores. Conservó intacto su prestigio y calidad inmanentes, pero no halló los alicientes necesarios para superación y difusión. En los días que corren, debido a factores conocidos, el libro reviste la condición de un verdadero artículo suntuario que sólo es accesible mediante el pago de precios no siempre al alcance de la mayoría.

Como si esto fuere poco, las posibilidades de su colocación allende las fronteras, se ven cada vez más limitadas por las trabas del papeleo burocrático, los gravámenes aduaneros

y los inconvenientes del cambio monetario. En este aspecto, llegamos en años recientes hasta lo inaudito: las autoridades cometieron la torpeza de prohibir con diversas triquiñuelas la exportación del libro nacional, como si éste, que fuera otrora expresión y testimonio de la grandeza moral del pueblo, resultara ahora, por un conjuro diabólico del destino, algo así como el cuerpo del delito del pensamiento libre, la única fuerza abstracta del espíritu que por esos días luctuosos mantenía celosa y altivamente la llama sagrada de la esperanza.

Debemos celebrar que esa situación haya sido superada, pero aún se sigue echando de menos la vigencia de una política razonable y coherente en la materia —no de privilegio, entiéndase bien— sino de ayuda y fomento a los fines de que nuestro libro pueda competir ventajosamente en el exterior.

Después de múltiples e insistentes reclamos se obtuvo por fin, la sanción de una ley denominada del libro argentino, el 24 de mayo de 1973, precisamente en la víspera del inicio —sorpresiva chuscada— del gobierno que hizo popular el bárbaro apotegma de la primacía de las alpargatas sobre los productos del intelecto.

Y, como era de prever, el instrumento legal fue letra muerta durante ese período. Y lo fue también y sigue siendo, por otras causas, en el subsiguiente. Ahora se aguarda con expectativa un decreto reglamentario que dé virtualidad a las disposiciones legales referidas.

En verdad, no es fácil conciliar los intereses específicos de cada uno de los intervinientes en el proceso de creación, elaboración y circulación del libro. Esta falta de coincidencia no supone, desde luego, escollos insalvables en la consideración del problema, según lo prueba la experiencia de otros países que han arbitrado un sistema eficaz de tutela y estímulo para fortalecer la acción de este vehículo de cultura. La ley mencionada, con buen aserto, somete al libro argentino a un régimen preferencial en materia de tarifas postales y de trans-

porte y lo exime de gabelas para facilitar su expansión en el exterior.

Asimismo, establece un plan de créditos para asegurar su comercialización y la vitalidad de la industria gráfica con nuevos equipos en sus plantas productoras.

Hace pocos días se han reiterado declaraciones y promesas oficiales en el sentido de lograr la defensa y el amparo del libro. Así lo exige nuestra tradición editorial para que, de nuevo, recobre urgentemente el brioso impulso que le diera esplendor y gloria en el pasado. Si la tipografía, como bien se ha dicho, es un signo de civilización de las naciones, el gobierno se honrará a sí mismo y a la República, promoviendo su desarrollo y progreso.

7. EL BIBLIOTECARIO Y SU MISION DE CULTURA

Ahora vamos a ocuparnos muy brevemente del bibliotecario, personaje de gran importancia en la historia de la cultura. Ello, a despecho de un concepto vulgar e injusto de época reciente que pretendió ver en él la imagen de un cómodo burócrata o de un mero entrega-libros.

En este sentido, el bibliotecario, al igual que el maestro de escuela, fue blanco de la chanza y de la crítica mordaz que, a veces, lo miró con cierto desdén. Aquí mismo, para citar un mal ejemplo, hubo un ministro de no grato recuerdo —sentía una alergia incurable hacia la documentología— que, en un raptó de mal humor, creemos, llegó a calificarlo, a la lunfarda, llamándolo despectivamente un “chantapufi”. Pero esto es sólo un episodio de la mala historia. Pasó, naturalmente, la época de los grandes bibliotecarios bibliófilos, a quienes les interesaba más el libro en sí, que el lector, su obligado destinatario.

En la segunda mitad del siglo XVIII se proclamó, entre otros, el derecho a la lectura, a la ilustración, y la biblioteca dejó de ser un reducto de minoría para transformarse en un verdadero servicio público. Correlativamente, la actividad del

titular de la misma dejó de ser espontánea y privada y asumió un carácter definitivamente técnico, cuya carrera y estudios especializados organiza y reglamenta el Estado.

El bibliotecario administra y manipula esa entidad que se llama el libro y su quehacer ha variado siempre en rigurosa función de lo que el libro ha significado como necesidad social. Aún hoy mismo, su misión adopta modalidades distintas, de acuerdo con el tipo o naturaleza de la biblioteca que tiene a su cargo, ya que no es lo mismo, por ejemplo, una de carácter escolar o popular como otra científica, especializada, parlamentaria, etc. Pero siempre el bibliotecario es un auxiliar indispensable del estudioso: un proveedor de información. Esta, a su vez, es la base del conocimiento y se halla contenida y registrada en un documento cualquiera: libro, periódico, disco, película, etc., que constituye su vehículo o medio de emisión y difusión.

En cambio, en una biblioteca escolar o popular, el bibliotecario debe desempeñarse como un educador nato, como un maestro en acción, a cuyos fines se comporta al igual que un verdadero guía o preceptor de lecturas, un cura de almas, para decirlo en una palabra. Entendemos que en la personalidad del bibliotecario ideal, deben conjugarse armoniosamente la cultura y la técnica como atributos fundamentales de su quehacer. Será siempre mejor profesional, sin duda, quien sea más universalmente hombre, y es tal, quien es más culto, no más técnico. La cultura, antes que la técnica, habrá de ser el incentivo poderoso par dinamizar sus fuerzas creadoras.

Así como en el orden pedagógico, no hay métodos eficientes, si los mismos no están animados por el influjo de la vocación del maestro, por su estilo docente original, del mismo modo en bibliotecología de nada servirán las técnicas de la catalogación y clasificación de libros, si el bibliotecario no pone en el ejercicio de estas operaciones su espíritu crítico para que las mismas lleven un sello de humanidad y puedan ser razonadas y fundamentadas.

En otro tiempo, el bibliotecario padeció de la obsesión de la ficha, al igual que el maestro padeció la obsesión torturadora del método que sofocó y esclavizó su personalidad. El fichismo y el metodismo fueron perjuicios que malograron los buenos propósitos de ambos profesionales.

El maestro exageró las virtudes del método y se hizo víctima de sus normas precisas e inflexibles, del mismo modo que el bibliotecario, olvidándose de su alta misión orientadora, se confinó en el minúsculo ámbito de la ficha y estableció una minuciosa perceptiva, para reglar con el máximo detallismo el enunciado de los elementos del asiento bibliográfico. Esto es hoy, como se sabe, convencional y estandarizado.

Se convirtió, así, en un artesano de la ficha, en un orfebre preciosista de la misma y fue, también víctima, a su turno, de un entretenimiento ocioso y estéril: la fichomanía. Equivocó su camino, perdiendo de vista al lector que en la biblioteca, vale lo que el alumno en la escuela. Y también, se olvidó de que una técnica cualquiera degenera fácilmente en empirismo o rutina si quien se sirve de ella no ha reflexionado sobre el fin que persigue o los medios que emplea.

Y ya que hemos asociado en algún aspecto la personalidad del maestro con la del bibliotecario, digamos, para finalizar, que así como la Pedagogía es una ciencia de fines, esencialmente teleológica, pues toda educación —objeto propio de la misma— presupone un ideal claramente delimitado, la Bibliotecología, en cambio, es una disciplina de medios, de valor instrumental y de carácter práctico y utilitario, por cuanto, en última instancia, se propone el arbitrio de recursos técnicos y procedimientos tendientes a reunir, seleccionar, organizar y administrar una colección de libros y documentos al solo fin de ponerla al alcance del estudioso para su aprovechamiento rápido, integral y oportuno.

En este sentido, el bibliotecario, al igual que el archivista y el museólogo, realiza una tarea subsidiaria: es un experto ancilar al servicio del investigador y, como tal, se constituye

en su siervo por antonomasia, siendo en consecuencia, el máximo servidor de los servidores del hombre de ciencia.

Esta virtuosa humildad, ínsita a su función específica, lejos de desmedrarla, por el contrario, la ennoblece singularmente ya que su ejercicio requiere y exige probidad profesional, vocación entrañable y un desinteresado idealismo de solidaria comprensión para darse ilimitadamente a la causa de los otros.

En razón de ello, nada será tan útil al bibliotecario para cumplir su misión de generosa caridad intelectual, como la independencia del espíritu, suerte de liberación íntima —esta sí, auténtica liberación— que lo hará más sensible a los valores de la cultura.

Y esa liberación íntima se alcanza, a su vez, por la filosofía, mejor dicho, por la inquietud filosófica, la única fuerza que lo ayudará a pensar por cuenta propia y le dará una visión del mundo y del destino del hombre en la vida.

Domingo Buonocore